

# *JESÚS Y LA RIQUEZA*

*José Luis Sicre Díaz sj*

*Sumario:* Texto de una conferencia pronunciada en Madrid en noviembre de 2011. Tras recordar algunos datos sobre la forma de vida de Jesús y su contexto socio-económico, se recuerdan algunas ideas del Antiguo Testamento sobre la riqueza, que pudieron influir en su pensamiento; por último se expone el mensaje, tal como lo transmiten los evangelios sinópticos, Marcos, Mateo y Lucas.

*Summary:* This is the text of a conference dictated in Madrid, on November 2011. After remembering some data on Jesus' way of living and his socio-economic context, some ideas of the Old Testament on wealth are reminded, which could have exerted an influence on his thought; finally, the message, as transmitted by the Synoptic, Marc, Matthew and Luke, is explained.

*Palabras clave:* Antiguo Testamento, Evangelios sinópticos, Jesús, riqueza.

*Key words:* Old Testament, Synoptic Gospels, Jesus, riches.

Fecha de recepción: 10 octubre de 2012

Fecha de aceptación y versión final: 20 abril de 2013

## **1. Introducción**

El verano pasado, no sé si en un artículo o una conferencia, dijo Felipe González: “El que gana cuatrocientos euros al mes cree que el que gana mil es rico. Sin embargo, el que gana mil no es rico”. Estas palabras dejan clara la complejidad del tema de la riqueza, y de la valoración tan subjetiva a la que se presta. Mucho más cuando se trata de hablar de una época muy distinta y muy distante, y de una persona, Jesús, que no dejó nada escrito sobre el tema.

## **2. La forma de vida de Jesús**

### *2.1. La estructura de la sociedad*

Jesús vive y desarrolla su actividad en Galilea y Judea. Son regiones muy distintas desde el punto de vista económico. Galilea es más fértil, atravesada por importantes vías de comunicación, mientras que Judea es más árida y pobre. Por eso decía un antiguo rabino: “Si alguien quiere enriquecerse, que vaya al norte [a Galilea]; si desea adquirir sabiduría, que venga al sur”. Sin embargo, dentro de Galilea, Nazaret no destaca por su belleza ni su riqueza. En tiempos de Jesús era una modesta aldea de doscientos habitantes.

La estructura social, tanto de Galilea como de Judea, coincide con la de las sociedades agrarias, a la que pertenecía el imperio romano. Según Gerhard Lenski<sup>1</sup>, las sociedades agrarias se estructuran en nueve clases, con un abismo que separa las cinco más altas de las cuatro inferiores. El paso de una clase a otra es muy difícil, sobre todo en sentido ascendente; es más fácil que de una clase superior se baje a otra inferior.

1. La *clase dirigente*. Poseía la inmensa mayoría de las tierras. Controlaba a todas las otras clases, sobre todo a la clase gobernante, a través de impuestos, confiscaciones, concesiones de tierras y de derechos políticos.

2. La *clase gobernante* (1-2% de la población) recibía probablemente una cuarta parte del producto nacional. Estaba formada por la aristocracia hereditaria y los altos cargos.

3. La *clase de los subalternos* (5% de la población). Incluía escribas, burócratas, soldados y generales. Eran absolutamente necesarios para el funcionamiento de la sociedad; por eso participaban hasta cierto punto de la vida de la elite, pero no de su poder, ya que cualquier individuo podía ser sustituido por otro.

4. La *clase de los comerciantes*. Éstos procedían de las clases inferiores, pero lograron gran parte de la riqueza. No encajan claramente ni entre las clases superiores ni entre las inferiores.

5. La *clase sacerdotal*. Era “la última, pero no la menor de las castas privilegiadas en las sociedades agrarias”. Es curioso constatar que, tanto en el Egipto del siglo XII a.C. como en la Francia en el siglo XVIII, poseía un 15% de las tierras.

6. La *clase campesina*. Formada por la inmensa mayoría de la población, se veía privada de todo, excepto de lo imprescindible para seguir viviendo. “La carga que suponía aguantar al estado y a las clases privilegiadas recaía sobre las espaldas de la gente humilde, y en particular sobre las de los labradores rústicos que constituían la mayoría de la población” (p. 266).

7. La *clase de los artesanos* (5% de la población). Constituida en gran parte por campesinos desposeídos de sus tierras; los ingresos medios de un artesano parece que nunca fueron tan altos como los de un campesino.

8. Las *clases impuras y degradadas*. Personas cuyo origen y ocupación las mantenía alejadas de la gran masa de campesinos y artesanos (porteros, mineros, prostitutas).

9. La *clase de los despreciables* (5-10% de la población). “Estaba formada por una gran diversidad de individuos, entre los que cabría enumerar a los pequeños delincuentes y criminales, los mendigos, los subempleados itinerantes o sin trabajo fijo, y en general a cuantos se veían obligados a vivir de su ingenio o de la caridad pública” (p. 281).

---

<sup>1</sup> G. Lenski, *Power and Privilege: A Theory of Social Stratification*, McGraw-Hill, Nueva York 1966.

En nuestra época se suele valorar más al obrero que al campesino. Recuerden que Marx no contaba con el campesinado para llevar a cabo su revolución. Sin embargo, en tiempos de Jesús la situación era distinta. La clase de los artesanos es prácticamente la última, si prescindimos de las minorías de impuros y despreciables.

## *2.2. Lo que dicen los evangelios a propósito de la forma de vida de Jesús*

Los evangelios sitúan a Jesús en esta séptima clase de los artesanos. Mc 6,3 lo presenta como “obrero” (τέκτων), Mt 13,55 como “el hijo del obrero” (ὁ τοῦ τέκτονος υἱός). La clase de los artesanos abarcaba por término medio un cinco por ciento de la población. “En casi todas las sociedades agrarias, la clase de los artesanos se reclutaba originariamente entre las filas de los campesinos desposeídos y los hijos de éstos carentes de derechos hereditarios, y tales fueron siempre las fuentes de las que se nutrió”. No obstante, “aunque la clase de los campesinos y la de los artesanos se caracterizaron siempre por un nivel en el fondo análogo de riquezas e ingresos, da la impresión de que los ingresos medios de un artesano nunca fueron tan altos como los de un campesino” (Lenski, 278). En esta clase habría que situar a Jesús y a sus discípulos pescadores (Pedro, Andrés, Santiago, Juan); aunque no fuesen indigentes, carecían de poder y de influjo en la sociedad.

El autor del libro del Eclesiástico refleja muy bien la postura de la clase alta ante este grupo de personas: lo considera imprescindible, pero no lo valora en mucho, porque esos oficios manuales no se prestan a conseguir la “sabiduría”.

“¿Cómo se hará sabio el que agarra el arado  
y su orgullo es manejar la aguijada?  
El que guía los bueyes, dirige los toros  
y no habla más que de novillos;  
se desvela por arreglar el establo  
y se preocupa de trazar los surcos.  
Lo mismo el artesano y el tejedor,  
que emplean la noche como el día. (...)  
Lo mismo el herrero, sentado junto al yunque,  
mientras estudia el trabajo del hierro;  
el soplo del fuego le seca la carne,  
mientras brega en el calor del horno;  
el ruido del martillo lo ensordece,  
mientras se fija en el modelo de la herramienta;  
se esfuerza por dar término a su tarea  
y se desvela por perfilar la obra.  
Lo mismo el alfarero, sentado al trabajo,  
hace girar el torno con los pies,  
siempre preocupado por su tarea  
y trabajando para producir mucho;  
con el brazo modela la arcilla

y ablanda su resistencia con los pies;  
 se esfuerza por terminar el barnizado  
 y se desvela por tener caliente el horno.  
 Todos éstos se fían de su destreza  
 y son expertos en su oficio;  
 sin su trabajo la ciudad no tiene casas  
 ni habitantes ni transeúntes;  
 con todo, no los eligen senadores ni descuellan en la asamblea,  
 no toman asiento en el tribunal ni discuten la justa sentencia,  
 no exponen su doctrina o su decisión ni entienden de proverbios,  
 aunque mantienen la vieja creación  
 ocupados en su trabajo artesano” (Eclo 38,25-34).

El autor del Eclesiástico escribía a comienzos del siglo II a.C. Luego cambiaron mucho las cosas. Incluso grandes rabinos desempeñaban un oficio manual. Hillel era tallador de madera; Shammai carpintero; y entre los posteriores encontramos zapateros, sastres, carpinteros, alpargateros, herreros, alfareros, albañiles, etc. La estima del trabajo manual se advierte en algunos dichos rabínicos: “El que no le enseña un oficio a su hijo es como si le enseñara a ser un bandido”. “¡Cuánto ama los oficios el Hacedor del mundo!” “No hay nadie cuyo oficio no lo adorne Dios de belleza”. “Aunque hubiera siete años de hambre, nunca llegará a la puerta de uno con oficio”. “Bueno es el estudio de la ley, si va acompañado de una ocupación secular; dedicarse a ambas cosas es mantenerse alejado del pecado; mientras que el estudio que no está combinado con el trabajo debe al final ser interrumpido, y sólo trae pecado consigo”.

Por consiguiente, aunque Jesús pertenece a la clase más baja de la sociedad, no es despreciado por ese simple hecho.

Al formar un grupo de seguidores se rodea de personas modestas, aunque no miserables: sólo conocemos la profesión de algunos de ellos, pescadores, y de Leví, recaudador de impuestos. Pero algunas mujeres del grupo tenían recursos económicos y ayudaban a mantener al grupo. También cuenta con amigos que lo acogen en Betania y Jerusalén. Pero una vida de continuo viaje para ir predicando de pueblo en pueblo no se presta a grandes lujos y comodidades, sino todo lo contrario. Como dijo el mismo Jesús: “El hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”.

### **3. El Antiguo Testamento, presupuestos para entender el mensaje de Jesús**

Los escritos del Antiguo Testamento no coinciden a la hora de valorar la riqueza. Cosa lógica, porque proceden de autores muy distintos, que vivieron en circunstancias muy diversas a lo largo de diez siglos. Comenzaré indicando algunos rasgos con los que aparece la riqueza, para hablar luego de la actitud ideal ante ella.

### *3.1. Diversa valoración de la riqueza*

#### **La riqueza como signo de la bendición de Dios**

La expresión más clara de esta idea la tenemos en las tradiciones de Abrahán. Cuando su criado, en busca de una novia para Isaac, encuentra a Rebeca, dice a su hermano Labán: “El Señor ha bendecido inmensamente a mi amo y lo ha hecho rico; le ha dado ovejas y vacas, oro y plata, siervos y siervas, camellos y asnos” (Gn 24,35).

Años más tarde, antes de morir, Isaac bendecirá a Jacob deseándole “que Dios te conceda rocío del cielo, feracidad de la tierra, abundancia de grano y mosto” (Gn 27,28).

Y la historia de Salomón subraya el mismo tema cuando Dios promete al rey “riquezas y fama mayores que las de rey alguno” (1 Re 3,13). Esta promesa alcanza su máxima expresión en la visita de la reina de Sabá, que “regaló al rey cuatro mil kilos de oro, gran cantidad de perfumes y piedras preciosas” (1 Re 10,10). El autor cuenta entusiasmado: “Toda la vajilla del rey Salomón era de oro y todo el ajuar del salón Bosque del Líbano era de oro puro; nada de plata, a la que en tiempos de Salomón no se le daba importancia” (1 Re 10,21). Y para confirmarlo, comenta poco después: “Salomón consiguió que en Jerusalén la plata fuera tan corriente como las piedras y los cedros como los sicómoros de la Sefela” (1 Re 10,27).

Siglos más tarde, el autor del Eclesiastés admite la idea de la riqueza como bendición de Dios: “Si a un hombre le concede Dios bienes y riquezas y la capacidad de comer de ellas, de llevarse su porción y disfrutar de sus trabajos, eso sí que es don de Dios” (Ecl 5,18).

#### **La riqueza como peligro**

Otros autores tienen una postura más crítica. La riqueza es don de Dios, pero puede convertirse en un peligro. Dos son los peligros principales, muy relacionados entre sí: olvidar a Dios y orgullo. Quien mejor los ha expuesto ha sido el libro del Deuteronomio, poniéndolos en boca de Moisés:

Dt 6,10-12: Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que juró a tus padres a Abrahán, Isaac y Jacob que te había de dar, con ciudades grandes y ricas que tú no has construido, casas rebosantes de riquezas que tú no has llenado, pozos ya cavados que tú no has cavado, viñas y olivares que tú no has plantado, cuando comas hasta hartarte, guárdate de olvidar al Señor, que te sacó de Egipto, de la esclavitud.

Dt 8,7-14: Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y veneros que manan en el monte y la llanura; tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares y de miel; tierra en que no comerás tasado el pan, en que no carecerás de nada; tierra que lleva hierro en sus rocas y de cuyos montes sacarás cobre; entonces, cuando comas hasta hartarte, bendice al Señor, tu Dios, por la tierra buena que te ha dado. Guárdate de olvidar al Señor, tu Dios, de no cumplir los preceptos, mandatos y decretos que yo te mando hoy. No sea que cuando comas hasta hartarte, cuan-

do te edifiques casas hermosas y las habites, cuando críen tus reses y ovejas, aumenten tu plata y tu oro y abundes de todo, te vuelvas engreído y te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud (...) No pienses: Por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas. Acuérdate del Señor, tu Dios, que es él quien te da la fuerza para hacerte estas riquezas, y así mantiene la promesa que hizo a tus padres, como lo hace hoy.

En el siglo II a.C., Jesús ben Sirá, autor del Eclesiástico, presenta el peligro de orgullo de forma menos teológica, en la vida diaria:

<sup>3</sup> El rico ofende y encima se ufana,  
el pobre es ofendido y encima pide perdón.  
<sup>4</sup> Si le eres útil, se servirá de ti;  
si te derrengas, renuncia a ti;  
<sup>5</sup> si tienes algo, te dirá buenas palabras,  
pero te explotará sin que le duela;  
<sup>6</sup> si te necesita, te halagará,  
y con sonrisas te infundirá confianza;  
te dirá amablemente: ¿qué necesitas?,  
y con sus manjares te avergonzará;  
<sup>7</sup> mientras se aprovecha de ti, te engaña;  
a la segunda y a la tercera te amenazará;  
más tarde, al verte, te evitará  
y meneará la cabeza contra ti. (Eclo 13,3-7)

### La riqueza como fruto de la explotación: profetas y sabios

Más crítica aún es la postura de la mayoría de los profetas y de algunos autores sapienciales inspirados en ellos. En estos casos, la riqueza no aparece como don de Dios, sino como fruto de una actividad opresora, de explotación de los más pobres. Aquí podemos situar los mensajes de Amós, de la primera etapa de Isaías, de Miqueas. Este último, denunciando el fenómeno del latifundismo en Judá a finales del siglo VIII a.C., afirma:

<sup>1</sup>¡Ay de los que planean maldades y traman iniquidades en sus camas!  
Al amanecer las ejecutan, porque tienen poder.  
<sup>2</sup>Codician campos y los roban, casas y las ocupan,  
oprimen al varón con su familia, al hombre con su heredad. (Miq 2,1-2)

Por eso, Amós no habla de la vida lujosa de los ricos con el mismo entusiasmo que el autor de la historia de Salomón. El profeta no se deja deslumbrar por el mobiliario costoso, la comida y bebida abundantes. Detrás de ellos no ve la bendición de Dios sino una postura de profundo egoísmo:

Os acostáis en lechos de marfil, arrellanados en divanes  
coméis carneros del rebaño y terneras del establo;  
bebéis vino en copas, os unguís con perfumes exquisitos  
y no os doléis del desastre de José (Am 6,4.6).

Estas riquezas las han conseguido “vendiendo al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias; revolcando en el polvo al desvalido y torciendo el proceso del indigente” (Am 2,6-7).

### **La riqueza, causa de discriminación social**

- 21 Tropieza el rico, y su vecino lo sostiene;  
     tropieza el pobre, y su vecino lo empuja;  
 22 habla el rico, y muchos lo aprueban,  
     y encuentran elocuente su hablar desmañado;  
 se equivoca el pobre y le dicen: vaya, vaya;  
     habla con acierto, y no le hacen caso;  
 23 habla el rico, y lo escuchan en silencio,  
     y ponen por las nubes su talento;  
 habla el pobre, y dicen: ¿quién es?,  
     y si cae, encima lo empujan. (Eclo 13,21-23)

### **El carácter traicionero y engañoso de la riqueza**

- 1 Las vigiliass del rico acaban con su salud,  
     la preocupación por el sustento aleja el sueño.  
 2 La preocupación por el sustento ahuyenta el sueño  
     lo turba más que grave enfermedad. (...)  
 5 El que codicia el oro no quedará impune,  
     el que ama el dinero se extraviará por él.  
 6 Muchos quedaron empeñados por el oro  
     y se entramparon por los corales  
     pero no los libraron de la desgracia  
     ni los salvaron el día de la cólera.  
 7 Son una trampa para el necio,  
     el inexperto se enreda en ella. (Eclo 31, 1-2.5-7)

### *3.2. Actitud ideal ante la riqueza*

Mientras las denuncias de la riqueza y de sus peligros son relativamente frecuentes, la actitud ideal ante ella sólo preocupó a los sabios. En el libro de los Proverbios encontramos unas palabras que expresan un ideal parecido al de la “*aurea mediocritas*” del poeta latino Horacio, pero por motivos religiosos:

- 7 Dos cosas te he pedido a ti; no me las rehúses mientras viva;  
 8 (...) no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan;  
 9 no sea que me sacie y reniegue de ti,  
     diciendo: ¿Quién es el Señor?;  
     no sea que necesitado robe y abuse del nombre de mi Dios. (Prov 30,7-9)

Naturalmente, Dios no se preocupa de dar riqueza ni pobreza. Por eso, otros autores adoptan una postura más realista y aconsejan no poner la gloria en las riquezas (Jr 9,23), no confiar en ellas, porque son transitorias (Prov 27,24), no entregarles el corazón (Sal 62,10). Consejos muy genéricos. Mucho más concreta es la exhortación a la generosidad:

- <sup>11</sup> Hijo mío, si tienes algo, sítvete de ello, y sé generoso con Dios.  
<sup>13</sup> Antes de morir favorece a tu amigo, dale de lo que tengas a mano.  
<sup>15</sup> ¿Por qué dejar a un extraño tus riquezas  
y tus sudores para que los repartan a suerte? (Eclo 14,11-13.15)

En este texto la generosidad se orienta al amigo. Pero lo más frecuente es que tenga por objeto a los más pobres, concretándose en la limosna. En el libro del Deuteronomio encontramos: “Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios, no endurezcas el corazón ni cierras la mano a tu hermano pobre. Ábrele la mano y préstale a la medida de su necesidad. (...) Dale, y no de mala gana, pues por esa acción bendicirá el Señor, tu Dios, todas tus obras y todas tus empresas. Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de tu tierra” (Dt 15,7-11).

Más que de limosna en sentido estricto se habla en este caso de prestar una cantidad que el pobre devolverá posteriormente. Se supone que se trata de campesinos modestos que necesitan ayuda para plantar la cosecha, o que han tenido pérdidas irreparables ese año.

Más tarde, surgieron auténticos pobres, sin medios de subsistencia, a los que no bastaba prestar. Había que regalar, sin esperar que devolviesen nada. En esos casos se recomienda la limosna en sentido estricto, y con toda generosidad. En el libro del Eclesiástico encontramos estas palabras:

Hijo mío, no te burles de la vida del afligido,  
no deprimas al que sufre amargamente;  
no le gruñas al necesitado  
ni te cierras al ánimo abatido;  
no exasperes al que se siente abatido  
ni aflijas al pobre que acude a ti,  
ni niegues limosna al indigente;  
no rechaces la súplica del pobre,  
ni le des ocasión de maldecirte:  
si en la amargura de su dolor clama contra ti,  
su Hacedor escuchará su clamor. (...)  
Sé padre para los huérfanos y marido para las viudas,  
y Dios te llamará hijo y su favor te librá de la desgracia (Eclo 4,1-10)

Sé generoso con el pobre,  
no le des largas en la limosna;  
por amor a la Ley recibe al menesteroso,  
y en su indigencia no lo despidas de vacío;



pierde tu dinero por el hermano y el prójimo,  
 no lo echas a perder bajo una piedra;  
 invierte tu tesoro según los mandatos del Altísimo,  
 y te producirá más que el oro;  
 guarda limosnas en tu despensa,  
 y ellas te librarán de todo mal;  
 mejor que escudo resistente o poderosa lanza,  
 lucharán contra el enemigo a tu favor (Eclo 29,8-13).

#### 4. El mensaje de Jesús según los evangelios

Antes de entrar en materia conviene recordar algunos datos elementales:

Jesús no escribió nada: su mensaje fue recogido y reinterpretado por los evangelistas.

Jesús no es un profesor de moral o de ética: no diserta sobre la riqueza, habla del tema cuando se presenta la ocasión, y generalmente de forma breve.

Jesús habla, en general, a gente pobre o de condición modesta. Por consiguiente, el tema de la riqueza no aparece a menudo. Basta advertir la escasez de términos que encontramos en los evangelios sinópticos: riqueza: *ploutos* (Mt 13,22; Mc 4,19; Lc 8,14); riqueza: *jrêma* (Mc 10,23; Lc 18,24); posesiones: *ktema* (Mt 19,22; Mc 10,22); rico: *plousios* (Mt 19,24; Mc 10,25; Lc 18,25)

##### 4.1. El evangelio de Marcos

En tres pasajes se trata el tema de la riqueza.

#### El peligro de la riqueza (Mc 4,18-19)

El primero ocupa un puesto programático, en el discurso en parábolas. El evangelio de Mc no desarrolla la enseñanza de Jesús tan ampliamente como los de Mt y Lc. Por eso, tienen especial interés los momentos en que expone la doctrina del Señor. Esto lo hace por vez primera en el c.4, que comienza con la famosa parábola del sembrador que sale a sembrar la semilla. Parte cae junto al camino, parte en terreno pedregoso, parte entre cardos, y parte en tierra buena.

Explicando el significado de la semilla que no da fruto porque cae entre cardos, dice: “Otros son como la semilla que cae entre cardos: escuchan la Palabra, pero las preocupaciones del mundo, *la seducción de las riquezas* y el afán por todo lo demás se le mete, ahogan la Palabra y no la dejan dar fruto”.

El tema recuerda lo que decía el Dt sobre el peligro de la riqueza, pero tiene un matiz peculiar. En el Dt, el peligro de la riqueza consistía en provocar el orgullo huma-

no, que termina desplazando a Dios. Mc no habla de orgullo sino de preocupaciones, seducción, afán de poseer. Todo eso convive con la palabra de Dios en el corazón humano, pero termina ahogándola.

### **Pobreza de los discípulos (Mc 6,8-9)**

El segundo pasaje de interés no habla de la riqueza sino de la pobreza que debe guiar el comportamiento de los discípulos en su actividad misionera: “Les encargó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, que calzaran sandalias pero que no llevaran dos túnicas”.

Una de las acusaciones más frecuentes en la antigüedad (y hoy día) a los predicadores religiosos era la de buscar el propio interés (es muy interesante la crítica de Luciano de Samosata en su *Diálogo de los muertos*). En cierto modo, las palabras a los discípulos pretenden que no les ocurra lo denunciado en la parábola del sembrador: que las preocupaciones materiales, la seducción de la riqueza y el afán por todo lo demás ahoguen la palabra que predicán y la dejen sin fruto.

### **El rico (Mc 10,17-31)**

El tercer pasaje es el conocido como el del joven rico. Mc no dice que sea un joven, pero lo presenta corriendo hacia Jesús; esto ha movido a pensar que se trataba de un joven. La cuestión es secundaria, incluso se presta a sacar consecuencias interesadas. Alguno podría decir: “Como no soy joven, esto no sirve para mí”. Por eso, Mt presenta al protagonista viniendo hacia Jesús, no corriendo, y Lc dice que era un jefe. Lo que dirá Jesús vale para cualquier edad y condición social. El texto de Mc dice así:

“Cuando se puso en camino, llegó uno corriendo, se arrojó ante él y le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar vida eterna?”

Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sólo Dios. Conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no perjurarás, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre.

Él le contestó: Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud.

Jesús lo miró con cariño y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme.

A estas palabras, frunció el seño y se marchó triste; pues poseía una gran fortuna.

Jesús mirando en torno dijo a sus discípulos: ¡Qué difícil es que los que tienen riqueza entren en el reino de Dios!

Los discípulos se asombraron de lo que decía.

Pero Jesús insistió: ¡Qué difícil es entrar en el reino de Dios! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios.

Ellos quedaron espantados y se decían: Entonces, ¿quién puede salvarse? (o: ¿cómo podremos subsistir?)

Jesús se los quedó mirando y les dijo: Para los hombres es imposible, no para Dios; todo es posible para Dios.”

Este episodio consta de dos escenas: la primera entre Jesús y el rico, la segunda entre Jesús y sus discípulos.

La primera comienza con la pregunta del personaje que llega corriendo: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar vida eterna?”. Lo que pretende, dicho con otra expresión judía contemporánea, es “formar parte de la vida futura” o “del mundo futuro”; lo que muchos entre nosotros entienden por “salvarse”. Este deseo sitúa al protagonista en un ambiente distinto del normal: admite un mundo futuro, distinto del presente, mejor que éste, y desea participar en él. Por otra parte, su pregunta no es tan rara como podemos imaginar. Una pregunta parecida la encontramos hecha al rabí Eliezer (hacia el año 90) por sus discípulos. Y responde: “Procuraros la estima de vuestros vecinos; impedid que vuestros hijos lean la Escritura a la ligera y haced que se sienten entre las rodillas de los discípulos de los sabios; y, cuando oréis, sed conscientes de quién tenéis delante. Así conseguiréis la vida del mundo futuro”.

La respuesta de Jesús (v.18b-19) es muy curiosa: sólo menciona los mandamientos de la segunda tabla del Decálogo. Jesús no exige mucho para salvarse<sup>2</sup>. Esa es la impresión que tiene el protagonista. “Todo eso lo he cumplido desde mi juventud”.

Y llegamos al momento culminante de la primera escena. Jesús va a hacerle una propuesta nueva: pero no le habla de los mandamientos de la primera tabla, no habla de la relación con Dios a través de la oración. Lo que Jesús aconseja son otras tres cosas: vender, dar, seguir. De este modo, la vida del personaje cambiará por completo. Hasta ahora, incluso cumpliendo los mandamientos, él sigue siendo el centro de su vida. Lo que le pide Jesús es que cambie de orientación: renunciando a sus bienes, renuncia a sí mismo, y otras personas ocupan por completo el horizonte: primero los pobres, de forma inmediata, y luego, de manera definitiva, Jesús, al que debe seguir para siempre.

El joven no vende, no da, no sigue. Se va. “Porque poseía una gran fortuna”. Con esta actitud, no pierde la vida eterna (que depende de los mandamientos observados), pero sí pierde el seguir a Jesús, formar parte de su comunidad (el Reino de Dios). Esta primera escena nos enseña que Jesús no ha venido para salvarnos en la otra vida, sino para salvarnos en esta vida.

---

<sup>2</sup> La versión de Mt resulta más exigente al añadir las palabras de Lv 19,18: “ama a tu prójimo como a ti mismo”.

La segunda escena se desarrolla entre Jesús y los discípulos, y sirve para completar su enseñanza sobre el peligro de la riqueza y el problema de los ricos. No lo hace con una gran disquisición sobre el tema sino con una frase radical y una imagen más radical aún: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!<sup>3</sup> (...) Es más fácil para un camello entrar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios”. Aun suponiendo que el “ojo de una aguja” fuese una pequeña puerta que había en las murallas de Jerusalén, es clara la dificultad para el rico de entrar en el reino de Dios, que aquí se refiere a la comunidad cristiana en este mundo, no al reino de Dios futuro.

El desconcierto de los discípulos ante las palabras de Jesús puede interpretarse de dos formas: 1) ¿quién puede salvarse?; 2) ¿quién puede subsistir? En el primer caso, los discípulos reflejarían la mentalidad de que la riqueza es una bendición de Dios; si los ricos no se salvan, ¿quién podrá salvarse? En el segundo caso, los discípulos pensarían que la comunidad no puede subsistir si no entran ricos en ella que pongan sus bienes a disposición de todos. La segunda parece algo rebuscada, pero empalma mejor con la respuesta de Jesús en el v.26 y refleja el uso habitual del verbo *sodso* en griego clásico.

Estas duras palabras de Jesús necesitan un comentario más amplio, pero lo dejo para el final de la conferencia.

#### 4.2. *El evangelio de Mateo*

Mt recoge con ciertos matices lo dicho por Mc, y amplía el tema de la riqueza con enseñanzas nuevas. Dada la imposibilidad de tratarlo todo, me limitaré a los aspectos que se encuentran en el Sermón del Monte.

Este discurso de Jesús es típico de Mt y sirve de pórtico a toda su enseñanza. Es como una gran catequesis en la que se indica al que quiere hacerse cristiano, o al que ya lo es, cuáles deben ser sus actitudes fundamentales ante la ley religiosa (en contra del legalismo de los escribas), ante las obras de piedad (en contra del deseo de aparentar de los fariseos), ante el dinero y la providencia (en contra de la actitud pagana), y ante el prójimo.

La sección dedicada a la actitud cristiana ante el dinero y la providencia contiene los siguientes apartados:

##### 4.2.1. Exhortación a poner el corazón en Dios

“Dejaos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes y roban. En cambio, amontonaos riquezas en el cielo,

<sup>3</sup> Algunos manuscritos de Mc, intuyendo quizá la dificultad, han comentado el v.24 de la siguiente manera: “qué difícil es que entren en el Reino de Dios los que confían en el dinero”. Aunque esta variante carece de valor, demuestra la dificultad que experimentaban ya los primeros cristianos: lo importante no es la cantidad de bienes que se poseen, sino la actitud ante ellos.

donde ni polilla ni carcoma las echan a perder, donde los ladrones no abren boquetes ni roban. Porque donde tengas tu riqueza tendrás el corazón” (Mt 6,19-21).

Casi toda la gente tiene, por instinto, dos tendencias fundamentales en el terreno económico: procurar que no le roben y procurar aumentar su capital. Por eso, aceptamos con gusto determinados consejos cuando salimos de vacaciones, procuramos no dejar objetos a la vista en los coches, no invertir en valores absurdos. Por otra parte, intentamos aumentar nuestro capital, pequeño o grande. En el fondo de estas dos tendencias está el apego profundo a los bienes de la tierra, bienes que queremos conservar y aumentar.

Jesús parte de una tendencia muy distinta, la del primer mandamiento: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente” (Dt 6,5). Pero en este terreno resulta muy fácil engañarse, porque estamos acostumbrados a separar el amor a Dios del amor al dinero. Si a un cristiano le preguntan: ¿dónde está tu corazón?, podría responder: “está en Dios”. Por eso Jesús formula la pregunta de manera distinta: ¿dónde está tu riqueza? Si está en bancos, acciones, edificios, objetos de arte, etc., allí está tu corazón, aunque intentes engañarte diciendo que está en Dios. La consecuencia es obvia, y por ella comienza el texto: “Dejaos de amontonar riquezas en la tierra...; en cambio, amontonaos riquezas en el cielo”.

Es decir, Jesús acepta la tendencia innata del hombre a acumular. Pero nos dice dónde debemos invertir nuestro dinero. Como el profundo conocedor de la bolsa que nos aconseja qué acciones debemos adquirir, o en qué banco nos van a dar un mayor tanto por ciento, Jesús nos dice que coloquemos nuestro capital en el banco de Dios, donde no roban los ladrones, y donde el dinero produce al máximo.

La dificultad del tema radica en que el dinero que invierto en el cielo lo pierdo en la tierra. Es como un capital a plazo fijo que no puedo tocar durante toda la vida. Y lo pierdo ahora, porque la forma de invertir en el cielo es a través de la limosna, ayudando a los necesitados. El mejor comentario al texto de san Mateo lo tenemos en la primera carta de san Pablo a Timoteo: “Recomienda a los ricos que no sean orgullosos ni pongan su esperanza en las riquezas, que son inseguras, sino en Dios (...) que practiquen el bien, que se enriquezcan de buenas obras, que den con generosidad y liberalidad; de este modo irán atesorando para el futuro un excelente fondo con el que podrán adquirir la vida eterna” (1 Tim 6,17-19).

#### 4.2.2. Exhortación a la generosidad

Las palabras siguientes del Sermón del Monte son de las más oscuras del evangelio. La traducción habitual es la siguiente:

“La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad tan grande!” (6,22-23).

Esta frase tan extraña empieza a entenderse si tenemos en cuenta que para los judíos el ojo sano equivale a la generosidad, y el ojo enfermo a la tacañería. Por eso, algunos proponen esta otra traducción, que empalma muy bien con el tema que venimos comentando: “La esplendidez da el valor a la persona. Si eres desprendido, toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, toda tu persona es miserable. Y, si por valer tienes sólo miseria, ¡qué miseria tan grande!”

Después de la exhortación anterior a “amontonar riquezas en el cielo”, esta exhortación a la generosidad encaja perfectamente.

#### 4.2.3. La gran alternativa

“Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero” (6,24).

Jesús no parte de la experiencia del pluriempleo, donde a una persona le puede ir bien en dos empresas distintas, sino de la experiencia del que sirve a dos amos con pretensiones y actitudes radicalmente opuestas. Es imposible encontrarse a gusto con los dos. Y eso es lo que ocurre entre Dios y el dinero.

Estas palabras de Jesús se insertan en la línea de la lucha contra la idolatría y defensa del primer mandamiento (“no tendrás otros dioses frente a mí”). El AT es en gran parte una condena de los dioses paganos y de los ídolos, que aparecían como rivales del único Dios verdadero. Al principio, los israelitas pensaban que los únicos rivales de Dios eran los dioses de los pueblos vecinos (Baal, Astarté, Marduk, etc.). Pero los profetas les hicieron caer en la cuenta de que los rivales de Dios pueden darse en cualquier terreno, incluido el económico. Para Jesús, la riqueza puede convertirse en un dios al que damos culto y nos hace caer en la idolatría.

Naturalmente, ninguno de nosotros se va a un banco o una caja de ahorros a rezarle al dios del dinero, ni hace novenas a los banqueros. Pero, en el fondo, podemos estar cayendo en la idolatría del dinero. Según el Antiguo y el NT, al dinero se le da culto de tres formas:

a) mediante la *injusticia directa* (robo, fraude, asesinato, para tener más). El dinero se convierte en el bien absoluto, por encima de Dios, del prójimo, y de uno mismo.

b) mediante la *injusticia indirecta*, el egoísmo, que no provoca daño directo al prójimo, pero hace que nos despreocupemos de sus necesidades (parábola del rico y Lázaro: Lc 16,19-31).

c) mediante el *agobio por los bienes de este mundo*, que nos hace perder la falta de fe en la Providencia. A este tema, que es fundamental para la mayoría de los cristianos, dedica san Mateo el apartado más extenso de esta sección del discurso.

#### 4.2.4. Sentido cristiano de la Providencia

“Por eso os digo: No andéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer o a beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Fijaos en los pájaros; ni siembran, ni siegan, ni almacenan; y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellos? Y ¿quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Y ¿por qué os agobiáis por el vestido? Daos cuenta de cómo crecen los lirios del campo, y no trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como cualquier de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, la viste Dios así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?

Conque no andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero que reine su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. Total, que no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos” (6,25-34).

Algunos piensan que este pasaje es el más utópico y alienante del evangelio, contrario a toda experiencia y al sentido común más elemental. Pero hay que ponerse en el punto de vista de Jesús, que se mueve en dos coordenadas muy distintas a las nuestras: una profunda fe en Dios y un despegue absoluto con respecto a los bienes de este mundo. Porque, al ponernos como modelos a los pájaros y a los lirios nos está hablando de seres que simplemente subsisten, no acumulan casas, fincas, joyas, tesoros. Para Jesús, basta con subsistir, con tener “el pan nuestro de cada día”. Y está convencido de que Dios lo dará. (Los pobres, o las personas que han pasado en algunos momentos de su vida grandes necesidades, entienden esto mucho mejor que los que se limitan a discutir el problema).

Por otra parte, este texto sobre la Providencia se puede entender muy bien aplicando la teoría marxista de los objetivos a corto y largo plazo. Según el marxismo, el objetivo importante es a largo plazo (la dictadura del proletariado); los objetivos a corto plazo (reivindicaciones salariales, aumento del nivel de vida, estado de bienestar, etc.) incluso pueden llegar a convertirse en una trampa para la clase obrera, pueden aburguesarla y hacerle renunciar al objetivo primordial. Jesús, con una perspectiva humana y religiosa, adopta la misma postura. Lo importante es “el reino de Dios y su justicia”, es decir, esa sociedad perfecta que debemos anticipar los cristianos en la medida de lo posible. Dentro de ella no pueden tener cabida las desigualdades hirientes ni las injus-

ticias, el que hermanos nuestros mueran de hambre o pasen terribles necesidades mientras a otros les sobran cantidad de bienes. Pero, si nos preocupamos sólo de la comida y del vestido, de las necesidades primarias, renunciaremos a buscar ese Reinado de Dios. En cambio, si nos esforzamos ante todo por el Reinado de Dios, “todo eso (la comida, el vestido) se os dará por añadidura”.

Para completar este tema, y para evitar una concepción alienante, es útil recordar cómo entendió la Providencia la Iglesia primitiva:

En primer lugar, no excluye el trabajo. A los cristianos de Tesalónica les dice Pablo claramente: “El que no trabaja, que no coma” (2 Tes 3,10).

En segundo lugar, cuando alguien pasa necesidad, los demás no piden a Dios que le ayuden; le ayudan ellos. Es lo que hicieron los cristianos de Grecia con los de Jerusalén (2 Cor 8-9).

Por consiguiente, creer en la Providencia no significa cruzarse de brazos ante las necesidades propias o ajenas, sino evitar la angustia, confiando en que Dios nos ayudará a través de nuestro esfuerzo y de los demás hombres. Con una formulación radical, diría que la Providencia de los demás somos nosotros. Lo malo es cuando nuestro egoísmo impide a muchas personas creer en la Providencia. En ese caso deberíamos aplicarnos las palabras de san Pablo: “Por vuestra culpa blasfeman de Dios”.

En resumen, todo el mensaje de Jesús se sintetiza en dos principios básicos: a) el valor relativo de los bienes terrenos en comparación con el valor supremo de Dios y de su reinado; b) el valor absoluto de la persona necesitada, que exige de nosotros una postura de generosidad. (Sin olvidar que la generosidad debemos aplicarla también a ámbitos no económicos, poniendo al servicio de los demás nuestro tiempo, cualidades, preparación profesional, etc.).

¿Es muy duro este mensaje? ¿No es más duro el sistema de vida que nos hemos impuesto por actuar de forma distinta? Familias que se destrozan por problemas de herencia, padres que no pueden ver a sus hijos por exceso de trabajo, infartos, preocupaciones por ganar un dinero que luego no se puede disfrutar, etc. Si el mayor deseo del hombre es la felicidad, deberíamos preguntarnos cómo se consigue mejor: si haciéndole caso a la sociedad en que vivimos, o haciéndole caso a Jesús. La actitud que El nos enseña ante el dinero y los bienes de este mundo no es sólo una garantía para la otra vida, sino también un seguro de paz y alegría para ésta.

Nota sobre el caso de Judas (Mt 26,14-15). Todos los evangelios coinciden en que Judas traicionó a Jesús, y en todos ellos juega un papel importante el dinero. Pero quien lo ha subrayado más es Mt, que cuenta así el episodio: “Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, se dirigió a los sumos sacerdotes y les propuso: *¿Qué me dais si os lo entrego a vosotros? Ellos se pusieron de acuerdo en treinta monedas de plata.*” Mt subraya el egoísmo de Judas y el cumplimiento de las Escrituras.



### 4.3. *El evangelio de Lucas*

Entre las distintas oraciones que incluye Lc, la más famosa es el canto de María, el Magníficat. En él alaba a Dios, entre otras cosas, porque “se ha fijado en la humildad de su esclava”. Los humildes, los pobres, ocupan un puesto capital en el evangelio de Lucas, que subraya la pobreza de Jesús desde su infancia: cuando nace, lo acuestan en un pesebre, “porque no encontraron sitio en la posada” (2,7). Y la predilección especial de Dios por los pobres la pone de manifiesto en el episodio siguiente: los ángeles no anuncian el nacimiento del Salvador a la corte de Jerusalén, ni a los sumos sacerdotes, sino a los pobres pastores de Belén, “que pasaban la noche a la intemperie, velando el rebaño por turno” (2,8-20). Esa vida tan dura y pobre los capacita para creer que un niño recién nacido pueda ser el Mesías, el Señor, y les permite glorificar y alabar a Dios.

Por eso, al formular la primera bienaventuranza, Lucas afirma sin más matices: “Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (6,20). Lucas está convencido de los grandes valores espirituales y humanos que pueden darse en la pobreza. En cambio, incluye una malaventuranza, exclusiva suya: “Ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo” (6,24).

Lucas, como Mateo y Marcos, sabe perfectamente el gran peligro que se esconde en la riqueza. Pero añade otros datos: insiste en la necedad que supone acumular bienes (12,13-21), denuncia con terrible dureza el egoísmo del rico que se despreocupa del pobre Lázaro (16,19-31), aconseja actuar como el administrador injusto, utilizando los bienes que Dios nos ha dado para ganarnos amigos (16,1-9).

Pero Lucas no es demagogo. A lo largo de su relato deja claro que Jesús tiene amigos ricos: Juana (8,3), José de Arimatea (23,20-53), y que no rechaza a los ricos por motivos ideológicos: Zaqueo (19,2-10).

Esta exaltación de la pobreza y crítica de la riqueza (aunque sin hacer demagogia) es importante para comprender el libro de los Hechos. Vemos cómo la comunidad intenta vivir un ideal de pobreza, compartiendo los bienes y atendiendo a las necesidades de los más pobres. Por el lado contrario, las señoras distinguidas de Antioquía de Pisidia promueven una revuelta contra Pablo (Hch 13,50), y los plateros ricos de Éfeso se convierten en grandes perseguidores suyos, porque les echa por tierra su negocio de estatuillas religiosas (Hch 19,24-29). Pero Lucas registra también con alegría que “no pocas mujeres principales” de Tesalónica se juntaron a Pablo y Silas (Hch 17,4) y también se unieron “señoras distinguidas” en Berea (Hch 17,12).

## 5. Reflexiones finales sobre el cristiano y la riqueza

Vuelvo a las famosas frases del pasaje del rico: “Qué difícil es que los que tienen riqueza entren en el reino de Dios” (v. 23), “Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios” (v. 25).

1. Estas palabras han surgido en un contexto de sospecha hacia la riqueza, que no es vista como una bendición de Dios, sino como todo lo contrario. Esta sospecha, frecuente en ciertas corrientes filosóficas, aumenta entre los cristianos por dos experiencias de los primeros tiempos: Jesús fue traicionado por treinta monedas (detalle de Mt 26,14ss; cf. Mc 14,10s), y la riqueza deja estéril la palabra de Dios (Mt 13,22).

2. A partir de aquí, lo primero que deberíamos definir es el concepto de riqueza. Mc y Mt, al hablar del joven, dicen que "poseía una gran fortuna".

3. En la línea de clarificar conceptos *desde el punto de vista de la cantidad de bienes* que se poseen, Yves Congar distingue entre "desahogo económico" y "riqueza". Lo primero implica la posesión de recursos suficientes para que, en su medio, aspire al nivel medio de los que le rodean, sin que le quede una cantidad apreciable de bienes superfluos. La riqueza sería la situación de quien, en su medio, posee una abundancia de bienes que le permite concederse ampliamente todas las cosas superfluas que le agradan. Sin embargo, no creo que Jesús simpatizase mucho con esta distinción entre "riqueza" y "desahogo económico", que se presta a escapatorias facilitonas.

4. En la línea de clarificar conceptos *desde la actitud*, decía Karl Rahner: "Cualquier forma de vida que conduzca a una idolatría de los bienes de consumo es claramente antievangélica". Lo importante es saber cómo se cae en esta idolatría de los bienes de consumo. Como hemos dicho antes, las tres posibilidades son la injusticia directa, la injusticia indirecta y el agobio. Como línea muy marcada dentro del mensaje del NT subrayaría la obligación de compartir.

5. También de acuerdo con Rahner, insistiría en que hay en el evangelio un dato que a los cristianos nos tiene que hacer reflexionar: Jesús nació y vivió pobremente, puso seriamente en guardia contra la riqueza, y mantuvo una clara preferencia por los menos favorecidos. Este ejemplo de Jesús no resuelve los innumerables casos que pueden plantearse en la vida diaria, pero constituye la mejor orientación global.

6. Además de los problemas individuales, el tema del cristiano y la riqueza también tiene relación con el de la justicia. Tanto a nivel económico, como social y político, la sociedad moderna plantea gran cantidad de problemas que ni siquiera se imaginan en el NT.

7. Volviendo al tema inicial (¿es difícil que un rico se salve o se haga cristiano?), la respuesta, desde la experiencia, es clara. Quizá porque tenemos una idea muy fácil de cómo se llega a la vida eterna o de cómo se forma parte de la comunidad cristiana. Pero, frente a nuestro punto de vista o nuestra práctica está la palabra de Jesús, difícil de aceptar, y que termina hablando de la recompensa.